

María de las Hurdes, de Luis Antonio de Vega, difusión de la "leyenda negra" hurdana

Parece ser que el primer texto, de carácter legal, donde se localiza el topónimo se remonta a 1289. En él, el concejo de Granadilla donaba a La Alberca la dehesa de *Jurde*. Poca fortuna tendrán los habitantes de las majadas con los avatares del régimen jurídico que se les impuso y bajo cuya férula lucharán por sobrevivir, enfrentándose a la vez, no sin ingeniosidad creativa, a un paisaje adverso. Fuertemente aislados de las otras comarcas, vienen a ser casi desconocidos por el resto del país y desarrollan un tipo de cultura de la pobreza, endogámica y peculiarísima, que los hace aparecer como seres desconcertantes para sus futuros "descubridores". En torno a Las Hurdes va tramándose una fábula literaria que, partiendo de *Las Batuecas del Duque de Alba*, de Lope de Vega (se publicó en 1638); la *Crónica de la reforma de los descalzos de Nuestra Señora*, de fray Alonso de la Madre de Dios (1683), o la *Verdadera relación y manifiesto apologético de la antigüedad de Las Batuecas y su descubrimiento*, de Tomás González de Manuel (1693), terminará proyectando sobre el país hurdano una imagen falseada de la realidad.

A finales del siglo XIX, Las Hurdes, mucho más empobrecidas tras el proceso desamortizador, son uno de los rincones preferidos por el Poder para desterrar a los ciudadanos inconformistas. Esta práctica, que perdurará hasta épocas bien recientes (dígalo Nicolás Redondo), contribuye a difundir la imagen negativa de la comarca cacereña. Poco favor le hacen algunos trabajos finiseculares, como los de Romualdo Martín Santibáñez ("Un mundo desconocido en la provincia de Extremadura: Las Hurdes"), Vicente Barrantes ("Las Jurdes y sus leyendas") o el mismo Dr. J. Bide ("Las Batuecas y Las Hurdes"). En opinión del antropólogo italiano Maurizio Catani, todos ellos naufragan lamentablemente cuando se aventuran en interpretaciones de tipo histórico, social o cultural, lastrados por prejuicios frente a la cultura hurdana. (Ver *La invención de Las Hurdes*, I y II, en los Cuadernos Populares de la ERE, Mérida, 1989, sin duda el mejor trabajo que se ha escrito sobre aquel territorio.)

En las primeras décadas del siglo XX, Las Hurdes han llegado a ser el estereotipo de la degradación suma, que ni el *Congreso de Jurdanófilos* (Plasencia, 1908), ni la bien aireada visita de Alfonso XIII (1922), ni el trabajo de Marañón/Bardají/Goyanes ("El problema de Las Hurdes", 1922) consiguen eliminar. El mismo Maurice Legendre, en su famoso *Las Jurdes, étude de géographie humaine* (1927), no elude, en opinión de Catani, "los apriorismos y juicios morales, producto de una mentalidad moderna, poseedora de un código de valores distinto, radicalmente distinto, del usual en la sociedad hurdana" (O.c., II, p. 53). Como tampoco lo hace Luis Buñuel en su cinta *Terre sans pain* (1932): "El film, realizado durante dos meses de estancia en la comarca, no es un documental al uso por cuanto contiene escenas que son producto de montaje previo. Presenta desde luego una visión cruda y descarnada de diversos pasajes de la vida cotidiana en la región, no exentos de verdad, pero exagerados e interpretados apriorísticamente también en su presentación cinematográfica" (Ibidem).

Hasta qué punto llevó sus exageraciones la leyenda negra formada en torno a este país se descubre bien con las denuncias hechas por Catani, Luciano Fernández o Félix Barroso Gutiérrez, autor el último de una reciente *Guía curiosa y ecológica de Las Hurdes* (Madrid, Ediciones Acción Divulgativa, S. L., 1991), en verdad desmitificadora. Los mencionados escritores se indignan de forma especial cuando el tópico, desfigurador y calumnioso, incide negativamente sobre la ética de los propios habitantes de Las Hurdes, a quienes tantas veces se ha querido presentar como infrahombres, subdesarrollados física, psíquica e incluso moralmente.

Hemos querido analizar cómo se refleja —contribuyendo a la vez a difundirla— esta imagen en *María de Las Hurdes*, narración publicada por "La Novela Corta", número 6. Aunque no se recoge en ningún lugar del librito la fecha en que fue impreso, debe pertenecer a la segunda aparición de la famosa serie, cuando fue dirigida por Angeles Villarta, y cada entrega se vendía al precio de una peseta, con formato un poco mayor que sus antecesores de preguerra. Como el primer número de la segunda fase (*La mujer del tío Garrota*, de Pío Baroja) salió en 1950 (su correspondiente de la primera lo hizo en 1916) y las entregas son semanales, tenemos que *María de Las Hurdes* es de aquel mismo año, justo al comienzo de la segunda misma del siglo XX. Sin embargo, según confío mostrar, aún redundan en los tópicos negativos más reiterados, pese a un supuesto afán regeneracionista de su autor. Algo tan inútil para Las Hurdes como la visi-

ta, clamorosamente oficiada y publicitada, que poco después (1954) haría el General Franco a los hurdanos, declarándose a continuación padre benévolo de los mismos.

(Félix Barroso me informa sobre la existencia de otra novela de este autor, *La tragedia de Las Hurdes*, Madrid, Biblioteca Patria, 1922. Aunque no he podido confirmarlo, sospecho se trata de la misma obra que aquí nos ocupa. De ser así habría sido publicada, aunque con título diferente, el mismo año del viaje del Rey Alfonso XIII a Las Hurdes.)

Fue el bilbaíno Luis Antonio de Vega (n. 1898), escritor polifacético, que cultivó la poesía, el periodismo, la novela y hasta el género gastronómico. Aunque suele considerársele de tercer orden, algunas de sus obras conocieron cierta popularidad, como *Amor entró en la Judería*, *Yo le di mis ojos* o *El amor de las sotas de espada*. De otra de las suyas, *Como las algas muertas* (1938), una de tantas como vieron la luz en "zona nacional" durante la contienda, políticamente comprometidas con la sublevación nacional y de tema exclusivamente bélico, escribe Martínez Cachero que "supone algo distinto y puede que refrescante en este monotemático y cargado conjunto" (*La novela española entre 1939 y 1969*. Madrid, Castalia, 1973, p. 22. Idénticas palabras se repiten en *Historia y crítica de la literatura contemporánea*, T. VII, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, p. 801.)

Más relevantes, para el tema que nos ocupa, son las condiciones que Federico Carlos Sainz de Robles le atribuye. Según éste, Luis Antonio de Vega "construye sus obras, dibuja y colorea figuras y escenarios, analiza caracteres y psicologías, dialoga con una ponderación y una naturalidad sorprendentes. Cuando decide que su novela sea bilbaína, o madrileña, o marroquí, lo es sin fallos ni titubeos. Este saber *identificarse* con temas, figuras y ambientes constituye el valor máximo, como narrador, de Luis Antonio de Vega, quien, además, divorciado de blandeguerías y extravagancias, consigue ser realista fuerte..." (*La novela española en el siglo XX*, Madrid, Pegaso, 1957).

Mérito indudable del novelista es recoger en sus textos situaciones socioeconómicas subdesarrolladas cuando el Poder quisiera ocultarlas y proyectar una visión idílica de la realidad.

Ahora bien, la visión que Luis Antonio de Vega ofrece de Las Hurdes nos parece absoluta, injusta e inútilmente desproporcionada, sin que se cumplan en esta obrita los caracteres reseñados por Sainz de Robles.

Tal vez los presente cuando el escritor trata de su Bilbao natal, o del

Marruecos que le era bien conocido. (Vivió en Fez, Larache y Tetuán.) No ocurre así cuando describe Las Hurdes, que seguramente no conoció más que por artículos periodísticos. Como a la protagonista de su relato, la bilbaína María del Mar Astóbiza, interesada por aquella comarca porque "Las Hurdes aparecieron en primeros planos y en primeras planas de una actualidad efímera. Los periódicos hablaron de epidemias milenarias, de una tierra devastada por el hambre, enferma, con las vísceras secas por una sequedad antañona" (p. 3).

El desconocimiento del entorno induce desde el principio a cometer los mayores desajustes. María del Mar, joven maestra, de la alta burguesía vasca, decide abandonar Las Arenas natales e irse a redimir la "tierra mala y dura de Las Hurdes" (p. 2). Se viene a Las Mestas para ejercer sus tareas educativas. Estando ya aquí, buscando ocasionalmente un ratito de ocio, emprende un "paseo" a pie hacia Casares de Las Hurdes, olvidando el autor que entre ambas "alquerías" median, por la ruta factible..., aproximadamente treinta kilómetros.

Algo menos hay (22 kilómetros) hasta Nuñomoral, a donde al autor la hace caminar cada mañanita, a impulsos de su celo pedagógico, con el fin de dar unas clases extra... y volver a tiempo de cumplir con su jornada escolar en Las Mestas. Detalles irrelevantes, sin duda, en una obra literaria. Mucho más trascendente es la visión tan negativa que, pese a su admisible buena voluntad, proyecta de Las Hurdes, sus paisajes, arquitectura y habitantes.

Veamos cómo el escritor acumula expresiones, denotativa o connotativamente peyorativas, hasta componer las más negras descripciones ya desde la página inicial: La "misérrima tierra hurdana" desnuda por completo de árboles —según insiste—, "ingrata para la caricia de las herramientas agrarias", es enemiga del hombre. "La desolación de aquel paisaje hostil" resulta terrible; incluso las aves que lo cruzan añaden sombras: "El mícale y el chirivín, los dos pájaros mudos y tristes...". También la flora aparece minimizada en la "tierra dura y mala de Las Hurdes" (p. 2), "con picachos y cabezos sin belleza" (p. 6); según el culto escritor que, transfiriéndolo a María, dice haber frecuentado a ultraístas y futuristas, amén de seguidores del dadaísmo, "la flor única de la comarca (es) la utricolárea amarilla de los barrancos urceolares" (p. 11). (A quienes deseen conocer la enorme riqueza en plantas y aves que, aún hoy, conserva la comarca, recomendamos lean la ya citada *Guía curiosa y ecológica de Las Hurdes*.)

Pero Luis Antonio de Vega está decidido a empobrecer en grado sumo el panorama, sin duda para que mejor resalte la valía del compromiso de su protagonista. Quizá no sea fácil descubrir, como lo han hecho alguno etnógrafos contemporáneos, que las típicas construcciones hurdanas —pizarra y piedra— constituyen un valioso ejemplo de sabia adaptación al medioambiente, aunque con innegables limitaciones. Pero es que, para el novelista, los productos de esta *arquitectura negra* son absolutamente ominosos, dignos sólo de determinados animales. Aquellas casas autóctonas, cuyos más puros ejemplares constituyen modelos "de indudable belleza y ciencia arquitectónica", según Catani (O. c., II, p. 48), quien ha sabido ver cómo "los techos se integran unos en otros y, sea teja o pizarra, constituyen un conjunto unitario y armónico" (Ibidem), no son para Vega sino auténticas pocilgas:

"En los respaldos de las peladas rocas se levantaban pobres casuchas pizarrosas, con aspecto de cubiles" (p. 5).

Son auténticas zahúrdas, según el término numerosas veces utilizado por el autor. En ellas "un agujero mal abierto constituía, en muchas de las viviendas, la única comunicación con el exterior, y dentro de ellas se apelotonaba una neblina que habían ido formando las respiraciones de los animales y de las personas, extrañamente mezclados los unos con los otros" (Ibidem).

Y con esto nos aproximamos ya a lo más penoso de esta breve narración: el cruel dibujo que presenta de los moradores. María baja a "Las Hurdes, el país maldito, donde desfallecía una raza sometida a los rigores y a las inclemencias; un país fascinado por su propia miseria, atónito en su infecundidad ilimitada", se nos dice ya en las primeras líneas. "Una gleba sin esperanza y sin orgullo" (¡con la de veces que se han rebelado los hurdanos y el sentido que tienen de su propia dignidad!), cuyas "mujeres están prematuramente envejecidas", aguarda a la bienhechora. La conduce hasta allí, a lomo de una mula lógicamente vieja, un guía "descalzo y silencioso", que parecía "una humana galga".

La maestra se ocupará también de la salud de aquellos desgraciados, en los que consume pronto el botiquín escolar. No es para menos. Si en sus discípulos "adivinaba la agudeza insistente de un hambre profunda, un hambre heredada de stirpes, de siglos... infancias condenadas desde la cuna a la miseria y posiblemente a un suplicio tan largo como sus propias existencias" (p. 4), tan aterradoras son otras circunstancias: el bocio, el

cretinismo, la viruela, las infecciones de toda clase, que una falta absoluta de higiene agudizan.

Tampoco la moral del hurdano sale bien parada. Baste recordar el capítulo III, donde vemos cómo María cura una simple herida, más sucia que peligrosa, a un pequeñuelo zarrapastroso (cualquier pastor lo hubiese conseguido con menos dolores). Éste y la madre se marchan sin mostrar gratitud e incluso el chiriveje llega a apedrearla.

Claro que, para depravación ética, la de quienes solicitan del orferlinato y adoptan a un niño, "por cuya nutrición le abonaban una pequeña cantidad, pero que en una región tan mísera suponía una excelente soldada" (p. 4). Así leemos que "en las proximidades de una zahúrda, una mujercilla había sacado un seno flácido y en él mamaba una criatura recogida, seguramente de la inclusa de la ciudad". Menos mal que al "pilu" no se le niega la teta, pese a todo cálida. Aunque nunca se sabe si no sería preferible la nana de la cebolla, pues a la maestríta le parece que "el *pilu*, al mismo tiempo que vaciaba como si fuese un odre el pecho de la hurdana, estaría bebiendo malos gérmenes en la fuente en que se hallaba prendido". Ya anota el autor que la joven no estaba ducha en aquellas cuestiones y así no tenía por qué conocer las virtudes inmunizadoras de la leche materna.

Ahora bien, para malos, el tratante venido a adquirir a precios ridículos las cabras de los lugareños. Al pretender abusar de la maestra, cuya presencia en tan remotos parajes no consigue comprender, será víctima de los dos discípulos predilectos que, enamorados de su profesora, no pueden consentir tamaña vejación. Y voy a detenerme un poco en estos dos personajes, que parecen simbolizar a los hombres de la *tierra e jambri*, según los describe el novelista.

Aunque éste se encarga de advertir que "en el país hurdano no había juventud, sino una niñez astrosa y una vejez prematura", Andrés y Juan, pese a lo que sobre ellos se dice en la narración, mostrarán la conducta comprensible en los jóvenes de cualquier sitio, incluido el desenlace. Son alumnos mayores, que saben ya subsistir por sus propios medios (¡terribles!) y reciben clases particulares, después de la sesión matutina.

La presentación que se les hace no puede ser más desgraciada: "Junto a la puerta de la escuela dos criaturas se habían tumbado al sol con la misma despreocupación que pudieran haberlo hecho los perros o las cabras de la alquería, y en realidad no estaban mucho más vestidos que las

domésticas bestias. Por los desgarrones de la ropa mostraban una piel negruzca, adherida a las raquílicas osamentas" (p. 4).

Para recargar el paralelismo con determinados animales (no se olvide que viven en "zahúrdas") el autor, según el cual en aquel territorio no existen más árboles que "algún guindo raquílico" (p. 1.), nos dice que

"comían unos higos verdes y jugaban clavando en el suelo polvoriento las uñas descuidadas" (p. 4).

No es raro que al comenzar las explicaciones con ellos, María del Mar tuviese que "realizar un verdadero esfuerzo para sofocar la molestia que le producía la fetidez de aquellos cuerpos en poquísimas ocasiones puestos en contacto con el agua" (p. 5).

Prosigue la malintencionada presentación:

"Los dos eran de baja estatura, pero uno de ellos podía ser considerado casi como un enano. Su aspecto era menos innoble que el de su compañero, cuyas pupilas rehuían las miradas, y había en todo él algo de fiera montés, de alimaña solapada" (p. 5).

Al preguntarles la maestra cómo se ganan la vida, Andrés, el primero, que padece de bocio, "agitado por un orgullo repentino", contesta: "soy *pidior*", oficio mendicante que el novelista no duda en calificar como "una jerarquía, una especie de casta envidiable entre sus coterráneos" (p. 5). Como Chamizo con la burra de "La nacencia" (*¿qué pensarán los burros/si es que los burros tien pensaamiento?*), también a María del Mar le agita la duda de si "en aquel cerebro primitivo se desenvolverían larvas de pensamiento" (p. 5).

Peor lo tiene el enano, que se dedica a la caza de lobos ¡con las manos! "De noche penetro en los cubiles —obsérvese el lenguaje de los supuestos infradotados— y ahogo a la fiera", explica. Animal contra animal, desea sugerir el novelista.

Ahora bien, aquellas dos miserables criaturas mostrarán bien pronto delicadeza y decisión de espíritu insospechadas. Enamorados de su maestra (y es de ver cómo se descubren entre sí sus sentimientos a lo largo del capítulo VI), el autor no tiene dificultades en que describan a la amada con expresiones como las siguientes:

—"Tiene los ojos verdes como el mar", balbucea Juan (p. 9).

Advertido por Andrés, que asegura no haber visto el mar, pero sí haber estar informado de su color azul, se corrige inmediatamente.

—"Entonces como la imagen de Nuestra Señora de Pinofranqueado". "Tiene los ojos como los de Nuestra Señora de Las Hurdes", insiste, siendo él quien bautiza a la maestra, según el título de la obra.

"La quiero como se quiere a la luna", se desahoga Juan ante Andrés (p. 10) que, también enamorado, representa el principio de realidad y le reprende:

"La luna no tiene nada que ver con lo de las querencias. Lo que pasa es que a ti se te han metido en la cabeza las cosas esas de las cantás, de la luna y de las palomas..." (p. 10).

Sin que se nos explique cómo, en pocas semanas, según la temporalización del relato, se nos han convertido los dos en poetas, etnólogos y casi psicoanalistas. Tampoco extrañará, pues, que planeen marcharse a América, donde se proponen aprender a trabajar, enriquecerse y volver en busca de la amada. Nada ven ya imposible:

"Tú no sabes nada más que pedir limosna, como yo no sé más que cazar lobos; pero eso es porque no nos han enseñado otra cosa", razona Juan, y prosigue: "Pero mira, ahora que nos están enseñado las letras, la aprendemos. Pues cuando queramos aprender a trabajar, aprenderemos también (p. 14).

(Por lo que se deduce indirectamente, reforzado con otras consideraciones previas del novelista, el cazador y el mendigo son culpables, como el resto de sus paisanos, de rehuir sistemáticamente un trabajo regular.)

¡A saber cómo resolverán en un futuro el previsible litigio amoroso! Porque los dos enanos (así suele referirse a ellos el autor) no se paran en mientes. Advertidos de que José Juan, el ganadero salmantino, busca seducir o, cuando menos, violentar a María, le preparan una celada trágica. El cadáver del joven aparece en las puertas de un cubil horriblemente mutilado, como si feroces lobos lo hubieran destrozado a dentelladas.

Juan y Andrés han desaparecido. Mientras los lugareños discuten la forma de proceder (el novelista leyó los problemas de las alquerías hurdanas, sin cementerios próximos, según Marañón recogía en el artículo antes citado), sólo María de las Hurdes ha comprendido.

"¡Que se salven, Dios mío, que se salven!" (p. 14) es su imploración última, con que finaliza la novela.